

La figura del **Che Guevara** *en Abaddón el exterminador*

ALEJANDRO HERMOSILLA S.*

Es claro que dentro de la evolución de los personajes de Sábato en su trilogía novelada, se puede encontrar una correlación lógica entre la lucha cegada de Carlos y Castel en *La fuente muda* y *El túnel*, el camino que comienza a desbrozar Martín en *Sobre héroes y tumbas* y más tarde la lucha más consciente del Che y la crística figura de Marcelo dentro de *Abaddón el exterminador*.

El caso es que si leemos *Abaddón...* a ritmo de la historia argentina, debemos centrar el advenimiento de ese dragón-dictadura de Videla que, de una manera simbólica, observa Barragán sobre el cielo de la cabeza defenestrada del gigantesco país argentino, además de en la tradicional división entre fuerzas abelistas y cainitas, en la manía neurótica de los ciudadanos argentinos por separarse del continente americano. En su no aceptarse como americanos. Por ello, resulta muy esclarecedor que Sábato presente al Che Guevara y su lucha como un anticipo del nuevo tiempo que ha de llegar a Argentina que es el creativo y espiritual, y que sea, precisamente, el país argentino dentro de los americanos uno de los que más indiferencia haya mostrado a los actos de este argentino universalmente reconocido. Seguramente, porque de manera cegada, el argentino no se siente americano y la lucha de este argentino fue, primero, por la liberación del continente en su conjunto y, más tarde, del ser humano en su totalidad.

Una lucha muy parecida a la de la teología de la liberación pero con las armas que es, realmente, el gran error cometido por el Che, la razón por la que murió joven y, por lo que seguramente, al contrario que la de Ghandi su lucha no ha cuajado universalmente como la de éste.

En realidad, es un error pensar que el Che tenía una intención crística. Él mismo se lo advertía a su madre, como nos señala Juan José Sembrel: "El Che, que significativamente había escrito a su madre "No soy Cristo (...) soy todo lo contrario de Cristo", terminó su vida como un Cristo, transformado en vedette de la muerte".¹ Pero, en el sentido en que su lucha y rebeldía se basaban en la ley del corazón y, de hecho, lejos de desvincularse del continente americano al que tantos de sus compatriotas despreciaban, se desarrolló en muchos de los centros del corazón del continente americano, poniendo en riesgo su vida por los hermanos de otros países, sí que prefigura la figura crística o, al menos, le abre paso. Permite que el trasvase Caín-Cristo pueda realizarse.

Así, tal y como lo podemos visualizar en la obra de Sábato, puede que el Che no sea el modelo final al que se haya de aspirar, pero desde luego, es una vía y un primer atisbo a través del que, clarívidentemente, se contempla cuál será la lucha, confiemos que sin arma alguna, que deberán antes o después con todas sus fuerzas realizar los ciudadanos argentinos por conseguir labrarse un destino feliz en América y encontrar un nombre propio. Además, el que el mismo Che supiera que su lucha era anti-crística ya permite vislumbrarlo

como un ser humano, mucho más consciente de sus actos y posible ceguera, que otros antiguos revolucionarios o personajes de la obra de Sábato. En verdad, el Che da un paso adelante en el camino del anti-cristo enfrentado al demonio que era Fernando Vidal Olmos. Y si Fernando Vidal Olmos señalaba en su Informe la importancia que habría de tener, para los que desearan recorrer su peligrosa ruta, el seguir la vía del corazón pero aún no podía formularla en su totalidad o, al menos, únicamente atisbarla, si Fernando Vidal utilizaba la treta y el engaño para enfrentarse a la secta de los ciegos lo que lo hacía proclive a ser abducido por la misma, el Che Guevara que es capaz de develar socialmente cómo esta secta está arraigada en la sociedad y realiza su lucha de frente, en colectivo y de la manera más honesta posible viene ya a instaurar definitivamente la ley del corazón. De hecho, así es como lo caracteriza Juan José Sembrelli, siguiendo los dictados de la fenomenología hegeliana: “El Che configura un tipo humano ya analizado por Hegel en Fenomenología del espíritu en la figura de la “ley del corazón”, tal vez inspirada por Lord Byron. El hombre de la “ley del corazón” se apasiona por un

ideal que sólo es valioso porque su corazón lo ha escogido como tal. Es el profeta de la humanidad; desde lo alto de la montaña o en el desierto desprecia al mundo vulgar porque no lo entiende o no es digno de él, incluso acepta inmolarsse para servir de modelo al mundo. Tampoco intenta demasiado para realizar su ideal, sino permanecer en la lucha porque si, por azar, ese ideal triunfa, se convierte en simple acontecimiento común o en un orden tan corrupto como el que combatía. Por eso el hombre del corazón comienza, una y otra vez, la lucha, a veces contra el mismo sistema que contribuyó a formar. Sólo las causas perdidas importan a la ley del corazón, las causas triunfantes son “revoluciones traicionadas” que han profanado “el ideal”. Así, continúa Sembrelli: “El hombre del corazón necesita un mundo hostil para luchar contra él, no soporta la realidad tal cual es, aun en el mundo revolucionado por él mismo. El hombre del corazón es el Che abandonando Cuba, cuyo curso ya no lo satisface, para empezar de nuevo, en el Congo, en Bolivia, siempre insatisfecho”.²

En realidad, creo que esto es lo que atrae a Sábato de la figura del Che Guevara, en primer lugar: la conciencia de su



Ma. Emilia Benavides

propia ceguera. Su sabia conciencia de la imposibilidad de huir de su “daimon” rebelde. El estar atrapado por el Caín asesino pero, al mismo tiempo, haber dotado de un sentido ético a esta lucha, haber buscado en lo más íntimo de sí las razones del levantamiento de las armas sin responder, en primera instancia, a través de la lucha violenta sino cuando la situación se lo demandase. Además, el hecho de haber llegado a levantarse contra los poderes dictatoriales, de haber hablado sin temor y haber denunciado el terror yahveísta norteamericano y occidental lo hace, lógicamente, valedor del afecto de Sábato en cuanto su lucha está fundamentada en unos parámetros teóricos fundamentales y esenciales para profundizar en el problema americano y el problema del mal y su ley, tal y como nos es presentado en toda su narrativa. Y, desde luego, su actitud fue bastante lejana a la de tantos ciudadanos con los brazos caídos y apáticos de su país, incapaces de emitir un lamento, entregados al miedo o, mismamente, de los grupos rebeldes, terroristas de la Argentina, tantas veces entregados a la lucha, por intereses económicos, mafiosos y egoístas y, absolutamente despreocupados, de una ciudadanía a la que pretendían representar y en la que sembraban el terror. Además, el mismo Che, en el momento en que pudo intuir que el mismo poder que ayudó a derrocar con su fuerza, como el de tantas revoluciones, podía degenerar y forjarse en los mismos defectos contra los que luchaba, no dudaría en huir, como lo hiciera en Cuba, de los entresijos del poder para continuar su lucha en otra parte, siempre con la mirada hacia delante y valerosa, con los ojos totalmente abiertos, precisamente, por la conciencia profunda que poseía de la ineludible contradicción humana debido a su constitución material. Y es esta actitud la que lo forja como el rebelde total, absoluto, cuya única batalla no vencida, como bien se podía deducir de las palabras de Sembrelli, es la realizada contra sí mismo y es la que, sin duda, lo ofrenda como símbolo, según Sábato, para toda la sociedad argentina. Porque el Che, al fin y al cabo, es un hombre que pone rostro y nombre a la lucha cainita y no pelea como Fernando Vidal, por imponer la dictadura de un nuevo “ego” igual o superior al del diablo -siguiendo la terminología gnóstica que recorre toda la obra de Sábato- sino, al contrario, por desbrozar e ir desgajando las capas del “ego” hasta intentar formar una conciencia común de lo que supone una lucha

auténtica por la libertad. Y en la medida en que es el hombre siempre en pie y alzado y denunciando el mal, y no es capaz de olvidar un instante la lucha y su deber para los oprimidos y la libertad, su figura es digna de la admiración de Sábato. Aunque bien es cierto que su figura está separada de la crítica, en cuanto no es capaz de romper con la última capa de su ego violento, que lo igualaría a éste. Pero es que la misión del Che no podía ser ni fue ésta, tal y como se encarga de referirnos Sábato: “pienso que combatió y murió por una convivencia en que los hombres sean verdaderos seres humanos, con la altísima dignidad que les corresponde, rescatados por fin no sólo de la alineación económica provocada por regímenes explotadores, sino también de esa otra alienación, más sutil y tremenda, porque es capaz de perdurar más allá de una equivocada revolución social que es la alineación científica, la que está conduciendo el mundo a una monstruosa maquinaria de robots”.³

Su misión era “despertar” la conciencia, volver a recordar la importancia de la lucha contra los poderes demoníacos exponiendo su conjura diabólica públicamente y recetar la imposibilidad moral de que Caín pueda reposar en paz, una vez que está obligado, a partir de su exilio, a denunciar una y otra vez la ley injusta de un Dios arbitrario del que ha de negarse, aunque esto le cueste la vida, a ser su esclavo. Y en esto desde luego, el Che avanza el camino a la definitiva transformación de Caín a Cristo, pues no está dispuesto a matar a sus hermanos para imponerse al Dios, o al menos a los partidarios de su lucha, como lo presenta simbólicamente Sábato en Abaddón..., a través de un tucumano de rasgos indios que combatió junto a él, Palito. En realidad, no únicamente a sus partidarios sino a los seres indefensos del ejército contrario: “Cada vez que hacíamos un alto o cuando nos reuníamos a comer algo alrededor de una fogata, siempre nos hablaba, enseñaba cosas. (...) Un guerrillero no debía saquear jamás una población, no debía maltratar a su gente y mucho menos a las mujeres”.⁴

Pero en el sentido en que debe usar las armas para imponerse al legado abélico de los poderes cegados terrestres, es cierto que el Che no puede terminar y completar el círculo crítico. Únicamente puede anunciarlo en el horizonte, en el sentido en el que el Che, como todo revolucionario armado, o como el mismo Nietzsche abrazado a la pistola de sus pala-

bras, aún no pudieron atisbar el último horizonte legado por la figura de Cristo a los hombres y que toda gnosis revela con claridad. Es decir, el Che puede intuir la forja del hombre nuevo pero aún no puede encarnarlo, porque para llegar a este nuevo concepto del ser humano, primero ha de realizarse por completo la travesía crística, tal y como nos refiere de sus pensamientos Palito en Abaddón...: "El hombre nuevo (...) Nos dijo muchas cosas sobre el hombre nuevo. (...) él hablaba como si se tratara de algo diferente, de algo grande que habría que encontrar un día, o construirlo".⁵ Pero, a la vez, como hemos resaltado, gracias a lo honesto de su actitud, la imagen mítica de su figura que recibe Marcelo Carranza a través de los labios de Palito, permite que éste encuentre un referente último –dentro de una sociedad falto de las mismas como la argentina– que le concederá las fuerzas necesarias para ofrendar su vida en beneficio de sus compañeros, no delatarlos y llevar a cabo el sacrificio final que ofrenda, finalmente, en Abaddón... para terminar de establecer la figura crística. La víctima expiatoria que salva a toda una comunidad como ya antes lo había hecho Martín con su inocencia y que da sentido a las dudas y preguntas constantes de Bruno sobre el porqué de la escritura y el arte. Nos dice Ernesto Sábato: "Ernesto Guevara no ha muerto por una simple elevación del nivel de vida material en los pueblos miserables. Para mí (...) murió por un ideal infinitamente más valioso, por el ideal de un Nuevo Hombre. Lo que supone, claro, la lucha contra la miseria de los pueblos oprimidos; pero que en última y hasta quizás en primera instancia implica una nueva forma de convivencia, una Comunidad en que no sólo los bienes materiales estén asegurados para todos los seres humanos, sino una Comunidad que sea precisamente eso: una comunión, un entrañable vínculo de hombres libres, una colaboración de personas dignas".⁶

De hecho, el Che Guevara hizo un rescate de la figura de Caín y de los chivos expiatorios de la sociedad, como pocas veces antes se había visto en América, y, en este sentido, es natural que gran parte de la izquierda argentina identificara su lucha, aun en contextos diferentes y por motivos diversos, con la de Evita, mujer de la que Sábato era si no ferviente admirador sí bastante respetuoso y comprensivo. Precisamente el Che, cuyo poder, respeto y voz pudieron haber sido utilizados para forjar depuraciones a gran escala o gestos terribles, si

algo tuvo claro era la necesidad de –para forjar una América libre que Sábato quiere unida a Argentina– resaltar o poner en primer lugar de toda lucha la figura del agricultor, el campesino. Es decir, el Caín vejado una y otra vez por los poderes abélicos, no ya de la Argentina, sino del mundo en general muy a tono con el sentido del mal universal que presenta Sábato en Abaddón..., de América.

Así, por ejemplo, lo dejaría el Che transcrito en uno de sus múltiples textos, que ubicamos aquí, para comprender cómo toda la morfología de Abaddón... está íntimamente relacionada: "La situación campesina en las zonas agrestes de la serranía era sencillamente espantosa. El colono, venido de lejanas regiones con afanes de liberación, había doblado las espaldas sobre las tumbas nuevas que arrancaba su sustento, con mil sacrificios, había hecho nacer las matas de café de las lomas empinadas donde es un sacrificio el tránsito a lo nuevo; todo con su sudor individual respondiendo al afán secular del hombre por ser dueño de su pedazo de tierra; trabajando con amor infinito ese riesgo hostil al que trataba como una parte de sí mismo. De pronto, cuando las matas de café empezaban a florecer con el grano que era su esperanza, aparecía un nuevo dueño de esas tierras. Era una compañía extranjera; un geófago local o algún aprovechado especulador inventaba la deuda necesaria. Los caciques políticos, los jefes de puesto trabajaban como empleados de la compañía o el geófago apresando o asesinando cualquier campesino demasiado rebelde a las arbitrariedades".⁷

Así, podemos comprender que si tanto la presencia de Schneider y Hedwig preludian de una manera simbólica, la llegada del quiromante López Rega que abre el camino al dragón cuyo fuego extiende sus rugidos por Ezeiza el día del regreso de Perón a Argentina, son estas mismas fuerzas, metamorfoseadas de distintas formas y bajo distintos vestidos diabólicos como las fuerzas del capital extranjero contra quienes realiza su lucha Guevara, las que, a su vez, atacan y se conjuran contra Sábato para que éste no pueda dejar testimonio de su presencia en Abaddón... Y, de hecho, si hemos de entender cómo concebía el Che –demonizado por la Cia– en el simbólico texto anteriormente transcrito, la llegada de los flujos del capital, se comprenderá aún mejor para entender el destino del pueblo argentino y el americano la importancia de la metáfora del judío errante y su contraposición a la de Caín.

Porque el judío errante es penalizado no por el acto en sí –de dimensiones simbólicas innegables– de negar el agua y asiento al caído, a la víctima, obligando al expulsado y al herido de la sociedad, al humillado y antes entronizado como rey en la misma, Jesucristo, a cumplir hasta sus dimensiones últimas más dolorosas su rol de chivo expiatorio. Es penalizado, como lo fuera todo Occidente con la explosión de las dos guerras mundiales, los judíos perseguidos tras haber provocado la guerra en la primera Jerusalén, o el país argentino con su delirio totalitario, por haber clavado como una espada en el corazón la ley. Es castigado –y ésta es una pena que él mismo se provoca a sí mismo más que un castigo divino– por haber llevado hasta tal punto la interpretación del texto (en este caso, el bíblico) y su ley, que es incapaz de compadecerse de un caído. Es un hombre absolutamente ciego para reconocer la posibilidad plural de la existencia y de los diversos nombres de Dios hasta tal punto que cuando un hombre se reconoce hijo de Dios, y quiere hacer partícipe de este destino a todos los hombres, le niega su ayuda y lo condena al suplicio. Y por ello, tal y como podemos extraer de la lectura de la obra de Sábato, de la lucha de tantos sus héroes por derrocar la ley, la cultura judía lo pensó símbolo positivo: porque la desgracia de este judío permitía justificar y poner de manifiesto asimismo, lo injusto de la nueva ley del corazón que pretendía implantar Cristo y supone una justificación implícita de la ley mosaica. Es, en realidad, una manera de eludir la visión simbólica que ofrenda la gnosis sobre la vida de Cristo y de continuar haciendo partícipe de su principio de la realidad, a través de la ley, al mundo. Procedimiento que, más tarde, cometiendo el mismo error, realizarán los cristianos, el catolicismo llevará hasta su paroxismo y el protestantismo utilizará astutamente para justificar la visión mercantilista de las sociedades en que nace y se desarrolla.

De hecho –y aunque parezca lo contrario, en primera instancia, y tras una lectura rápida de su figura– el judío errante es, ante todo, el hombre de la ley hasta tal punto que, incluso en su destierro, al contrario que Caín, la porta consigo e intenta imponerla o regirse por sus mandamientos en la medida de lo posible. Y es que el enfrentamiento que se produce entre el judío errante y Cristo es el que se produce entre el hombre que se niega a interpretar la ley, es incapaz de modificarla y acaba

participando de la conjura demoníaca, y, por tanto, encadenándose a la tierra, a su viaje por la misma en la que no puede, asimismo, encontrar más apoyo que las fuerzas materiales y, por supuesto, está obligado a desconfiar, como el cristiano errante llegado a América, de cualquier compañero o brazo amigo luego que, en su visión de la realidad, se ha negado a interpretar el texto. Al contrario, lo ha convalidado sin preguntarse un porqué apartándose, por tanto, del milagro y alejando para siempre la posibilidad de llegada de un tiempo mesiánico que es, eternamente anhelado y deseado pero que, lógicamente, nunca puede llegar pues ha sido negado desde su misma raíz o posibilidad. O no, en la medida en que, equivocadamente, se entiendan las riquezas y la acumulación de capital como una prueba máxima de que ese tiempo mesiánico ha llegado, al fin, para los justos poseedores de la riqueza. Aquellos hombres, como lo entendiera la cultura protestante –a quien no en vano, se le ha asimilado, aun de manera a veces indiscriminada, simbólicamente, tantas veces, con la figura del errante



Alfredo Cardona Chacón

judío- para quienes la posesión de la riqueza, no deja de ser una consecuencia lógica de su recto actuar hacia la ley defendida. De igual manera, aunque esta misma ley -y recuérdese la famosa figura del pirata o corsario británico o el emblema -símbolo del barco o navío holandés retratados con sutileza por Van Dyck- haya justificado la tropelía o la fechoría, el pillaje, para luego implantar la virtud en el seno de la sociedad que la produjera, limpiando, de esta manera, de toda impureza el dorado metal. Una virtud, muy distinta de la "virtus" romana, cuyo trasfondo demoníaco es imposible no distinguir en las sociedades avanzadas occidentales, cuyo flujo natural y vital aparece totalmente extinguido, hasta el punto de concebirse más como sociedades carcelarias, aparatos y regímenes burocráticos encargados de guardar con celo los réditos del capital, que burgos o villas donde se produzca la "presencia" real de una vida ya muy alejada de las mismas.

Y es por ello, en un proceso que podemos observar desde Rembrandt hasta Watteau, al tiempo que la sociedad se construye y expande en tiempos múltiples a medida que goza del dinero robado y exige el comportamiento más afín a las normas y leyes del proceso económico-religioso, que el rostro en los retratos se va difuminando, se va haciendo taciturno y los ojos se cierran o contraen como el paisaje al tiempo que en los frescos dedicados a la realeza, sus participantes se muestran fúnebres e inseguros de su propia condición. Porque el mundo invadido por la ley del libre-cambio económico, como sospecha Sábato que no duda en parodiarla en muchos momentos en *Abaddón...*, mostrando su absurdo, es el mundo de la soledad y la nostalgia, el mundo demoníaco por excelencia, donde la mirada límpida de los artistas -véase el caso de Vermeer o, mismamente, el de Castel- sólo puede mostrar la libertad y el bello hacerse de la vida, penetrando en el recodo solitario del hogar, la cámara o habitación como únicos espacios en los cuales, el individuo puede mostrarse libre y al desnudo.

Pues el mundo construido por el judío y el cristiano errantes es el mundo de ley exterior que no tiene compasión del sufrimiento, deseos y realidad de la persona que acometen, enfrentan. Es el orbe que ha desplazado el girar cósmico por el continuo girar de los hombres frente a la ley del trabajo y la utilidad imposibles de cuestionar y que se presenta allí hacia

donde va como una "buena nueva" apostólica donada por los sirvientes de un Cristo colérico a los hijos de Caín. Y contradictoria pero sutilmente, como toda treta diabólica, el nuevo orden se presenta como un intento de redención de la caída en el tiempo, de sobreponerse al primer pecado original, cuando, en realidad, es una onda expansiva que, lejos de cuestionar o luchar contra la falta y los motivos que la producen, asimila y expande la falta del judío errante a todos los pueblos de la tierra. Es el flujo y el orden que va poco a poco diagramando desde Occidente las rutas marinas de cónclaves y países lejanos, que va sellando la calzada romana sustituyéndola por el pavimento y que va abriendo las venas de la tierra, para facilitar el desplazamiento de los hombres hacia los centros auríferos y que, consolidado por los abelitas y despreciando a los cainitas, no tiene piedad alguna de aquellos pueblos "heterogéneos" y marginales de la tierra, a los que intentaba defender el Che.

Y es por estas razones por las que la lucha del Che es heroica para Sábato, pues es la batalla de un cainita por mantener incólume y liberar a la madre tierra americana de las fuerzas del capital dispuestas a clavar su estaca en la misma, para robarle su memoria e imponerle el olvido y otra historia diferente. Es una lucha por remitificar y devolver a su primera dimensión a las diversas culturas heteróclitas de América y, permitir el disfrute y posibilidad de un tiempo cósmico regido por una ley natural nacida de la superación instintiva de la ley cultural y mosaica implantada al mundo por Occidente, considerada unívocamente como beneficiosa y, de cuyas malévolas y tantas veces, funestas consecuencias para el mundo, creemos vano el deber de hacer recuento.⁸ Nos dice Sábato: "su muerte tiene eso: el valor de un símbolo. Y en esta sociedad racionalizada que desechó, olvidó y menospreció los símbolos, en esta sociedad en que la eficacia y la técnica han pasado a ser más valiosas que el fervor y el sacrificio, puede achacarse a Guevara, en efecto, un romanticismo alocado. Pero es precisamente ese romanticismo, es justamente esa imagen heroica y solitaria la que despierta y el coraje y la fe en millones de jóvenes generosos en los cuatros confines de la tierra".⁹

Como comprenderemos, vistas estas reflexiones, podremos comprender mejor el porqué el Che es símbolo para

Sábato y el cómo, puede que muy a su pesar, decidiera tras su famoso viaje iniciático en motocicleta por Sudamérica y sus frustradas incursiones en el medio burgués que le ofrecieron un conocimiento profundo de este medio, aliarse a las armas para realizar su lucha. No es la lucha del Che, en verdad, la lucha del egoísmo o una lucha desprendida de toda ontología, como la marxista. Es la lucha de la desesperación, del hombre que clama a los cielos observando la desgracia, consciente de la situación y que decide disparar al enemigo sólo y en cuanto esto puede suponer salvar la vida de las víctimas a las que defiende. Porque el Che es el hombre que mata rezando y a pesar suyo, el hombre que no le importa condenarse si con ello sabe que su conciencia libre como hombre yace imperturbable sobre la tierra. Es el hombre que no desea la vejez si existe la injusticia o el llanto en la tierra y que se encuentra en una encrucijada que lo desangra y no le ofrece oportunidad alguna de liberarse de sí mismo sino es a través del movimiento constante y la lucha continua: ¿qué puedo hacer sino luchar, matar y levantar mi brazo contra aquellos ciegos hombres que vienen a implantar una ley sin piedad a los hombres de América?, ¿sería mejor que me encerrase en mi cuarto, ajeno a toda esta realidad viviendo una existencia anónima en el seno de mi familia practicando una profesión burguesa?

Y en este sentido, desde luego es lo contrario a Cristo, pero, al menos, comienza a enseñar las reglas internas de una ética y responsabilidad, surgidas desde lo más profundo de las convicciones humanas y sin ley o doctrina alguna que las haya impuesto en principio –aunque sé que esto es discutible– que prefiguraron el advenimiento del hombre nuevo que él todavía no puede encarnar.¹⁰ Así, el Che, como todo hombre en tránsito y como la época que le tocó vivir, dispuesta a abandonar Piscis para entrar en Acuario, dota de un nuevo sentido al término sacrificio –mucho más cercano, al gnóstico que al cristiano o marxista– al comenzar a cuestionar la ley escrita y poner el énfasis en la del corazón, para comprender el sentido ontológico y de dimensiones trascendentes, casi astrológico-esotéricas, como vimos en el capítulo anterior de los actos de todo hombre: en realidad –hechas las salvedades que correspondan– un intento no muy distinto al del surrealismo o, mismamente, el existencialismo. Repasemos, por ejemplo, algunas de las

doctrinas sobre la nueva ley dictadas a sus camaradas: “Un trabajador de vanguardia, un miembro del Partido dirigente de la Revolución, siente todos los trabajos que se llaman sacrificio con un interés nuevo, como una parte de su deber, pero no de su deber impuesto, sino de su deber interno y lo hace con interés. Y las cosas más banales y más aburridas se transforman, por imperio del interés del esfuerzo interior del individuo, de la profundización de su conciencia, en cosas importantes y sustanciales, en algo que no puede dejar de hacer sin sentirse mal: en lo que se llama sacrificio. Y se convierte entonces, no hacer el sacrificio en el verdadero sacrificio para un revolucionario. Es decir, que las categorías y los conceptos ya van variando. (...) No se trata de cuántos kilogramos de carne se come o de cuántas veces por año pueda ir alguien a pasearse por la playa, ni de cuántas bellezas que vienen del exterior puedan comprarse con los salarios actuales. Se trata, precisamente, de que el individuo se sienta más pleno, con mucha más riqueza interior y con mucha más responsabilidad”.¹¹

Y éste es otro de los motivos que llevan a Sábato a admirarlo y ubicarlo en el foco central narrativo de *Abaddón...*, sin caer en la tentativa de vislumbrar su lucha, desde el único punto de vista cerrado, oclusivo, cainita: el comprender que la lucha del Che no es únicamente la de los cainitas enfrentados tradicionalmente a los abelitas. Es la lucha entre quienes están dispuestos a comenzar a realizar un tránsito hacia una nueva concepción vital de la existencia, están en tránsito de dotar de un sentido ontológico y mítico a su sacrificio y, al revitalizar los conceptos canónicos de la ley del hombre y sin olvidar ni dejar de lado su parte material, proponen un nuevo salto espiritual hacia una dimensión más integradora del hombre, y quienes no están dispuestos a permitirlo. Es la batalla entre quienes buscan, están en trance de comenzar la travesía por descubrir el nombre oculto escondido en su raíz cainita y trascender su situación material y la de quienes desean encadenarles a la misma, precisamente, robándoles el goce y disfrute de la madre tierra americana y obligándoles, por tanto, a vivir la suerte traumática del olvido. Es decir, la de dos fuerzas en transformación. El Caín dispuesto a levantar la piedra para construir una nueva sociedad y civilización y, por tanto, alejado de la idea primera de arrojar la piedra sobre su hermano, si se le

permite realizar su travesía y la de los judíos errantes, ahora autenticados como demonios o almas errantes incapaces de reintegrarse a la luz pleromática y, necesitados, ávidamente de fundirse con la luz solar del oro para inmortalizar su vida, el dominio sobre la tierra y atestiguar que su pasaje es inmortal: la tentación demoníaca de toda secta cegada. De nuevo, volvemos a repetirlo, la lucha entre la ley interna del corazón que obliga a surcar la vía del conocimiento, la gnosis y la verdad, y la ley externa.¹² O, de otra parte, la batalla de Jehová contra Caín porque éste –idea en la que deberíamos profundizar en otro artículo– no sea capaz de descubrir el significado oculto del signo grabado sobre su frente, su nombre secreto y, por tanto, pueda derrotarle al tiempo que mira hacia el cielo, levantando los brazos, para atestiguar el brillo de la luz pleromática sobre su rostro, al fin, purificado. ■

* Universidad de Murcia

¹ Sembrelli, Juan José. Crítica de las ideas políticas argentinas. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 2003., pág. 387.

² Ibid., pág., 385.



Damián Andrade

³ Sábato, Ernesto. Homenaje a Ernesto Guevara dentro de Ensayos. Obra Completa. Espasa Calpe Argentina S.A. / Seix Barral, tercera edición: febrero de 1998. pág., 674.

⁴ Sábato, Ernesto. Abaddón el exterminador. en Obra Completa. Narrativa. Editorial Planeta Argentina.SA/ Seix Barral. Buenos Aires. Segunda edición: mayo 2000. 693 pp. A modo de ejemplo, ubicamos otra historia ejemplar sobre la vida del Che y su actitud frente a sus enemigos, tal y como nos es narrada por Palito en Abaddón...: “-La emboscada de Ñancahuazú, la primera vez que tuvimos que combatir. Tomamos bastantes prisioneros, entre ellos a un mayor Plata. Daba vergüenza verlo acobardado. Sus propios soldados nos pedían que lo fusiláramos, porque era un hombre despiadado. Les sacamos la ropa a los soldados y les dimos ropas civiles. Curamos a los heridos y el Inti les explicaba nuestros objetivos, porque el Che tenía que disimular su presencia en Bolivia. Y les explicamos que no matábamos enemigos prisioneros. Así que a aquel individuo lo tratamos como el Che nos había enseñado: como un ser humano, con dignidad y respeto”. Ibid, pág., 695.

⁵ Ibid, pág., 694.

⁶ Sábato, Ernesto. Homenaje a Ernesto Guevara. op.cit, pág., 674.

⁷ Del artículo “¿Qué es un ‘guerrillero?’” (1959) extraído de la página web.

⁸ Señala Ernesto Guevara en palabras críticas a la antigua ley y sus legisladores y que serían muy aplicables a la lucha que sostiene el personaje Sábato durante todo Abaddón... por escribir su obra: “La ley del valor no es ya un mero reflejo de las relaciones de producción; los capitalistas monopolistas la rodean de un complicado andamiaje que la convierte en una sierva dócil, aun cuando los métodos que emplean sean puramente empíricos. La superestructura impone un tipo de arte en el cual hay que educar a los artistas. Los rebeldes son dominados por la maquinaria y sólo los talentos excepcionales podrán crear su propia obra. Los restantes devienen asalariados vergonzantes o son triturados. Se inventa la investigación artística a la que se da como definitiva de la libertad, pero esta “investigación” tiene sus límites, imperceptibles hasta el momento de chocar con ellos, vale decir, de plantearse los reales problemas del hombre y su enajenación. La angustia sin sentido o el pasatiempo vulgar constituyen válvulas cómodas a la inquietud humana; se combate la idea de hacer del arte un arma de denuncia. Si se respetan las leyes del juego se consiguen todos los honores; los que podría tener un mono al inventar piruetas. La condición es no tratar de escapar de la jaula invisible” en Guevara, Ernesto. Obras completas. Editorial Andrómeda. Buenos Aires. Primera edición. 2002, pág., 193. En este sentido, nos dice Sábato fundamentando su teoría sobre el arte y la novela a tono con el hombre nuevo dentro de Sábato, Ernesto. Abaddón el exterminador. op.cit, pág., 670: “La novela de hoy, al menos en sus más ambiciosas expresiones, debe intentar la descripción total del hombre, desde sus delirios hasta su lógica. ¿Qué ley mosaica lo prohíbe? ¿Quién tiene el Reglamento absoluto de lo que debe ser una novela? (...) En realidad sería necesario inventar un arte que mezclara las ideas puras con el baile, los alaridos con la geometría”.

⁹ Sábato, Ernesto. Homenaje a Ernesto Guevara. op.cit, pág., 675.

¹⁰ Refiere Guevara en un epígrafe de sus esclarecedores discursos llamado, precisamente, El hombre del siglo XXI: “En nuestro país, el error del mecanicismo realista no se ha dado, pero sí otro de signo contrario. Y ha sido por no comprender la necesidad de la creación del hombre nuevo, que no sea el que represente las ideas del siglo XIX, pero tampoco las de nuestro siglo decadente y moribundo. El hombre del siglo XXI es el que debemos crear, aunque todavía es una aspiración subjetiva y no sistematizada. (...) La reacción contra el hombre del siglo XIX nos ha traído la reincidencia en el decadentismo del siglo XX. (...) Las nuevas generaciones vendrán libres del pecado original”, en Guevara, Ernesto. Obras completas. op.cit, pág., 195.

¹¹ Ibid, págs., 196 y 197.

¹² Le dirá Sábato a Marcelo en palabras cercanas a la reivindicación del advenimiento de la ley interna que atisbara Guevara: “-Nuestra civilización está enferma. No sólo hay explotación y miseria: hay miseria espiritual, Marcelo. Y yo estoy seguro de que vos tenés que estar de acuerdo conmigo. No se trata de conseguir heladeras eléctricas para todo el mundo. Se trata de crear un ser humano de verdad”, en Sábato, Ernesto. Abaddón el exterminador. op.cit, pág., 718.